

El fracaso de un predicador

«Los predicadores y los ancianos siempre están en “la lista de casos críticos”», pero esta no necesariamente es la de los que necesitan oración para una mejor salud, sino la de los que son maltratados por gente que constantemente están criticando. La calumnia de los rebeldes y el chisme de los murmuradores se encargan de socavar la eficacia de líderes puestos por Dios. Por mucho tiempo, los criticones han sido instrumentos de Satanás para impedirles a los fieles llevar a cabo el servicio para Jehová Dios. Los ha habido a lo largo de toda la historia de la humanidad. Los vemos en el desierto, criticando los hojaldres de miel y anhelando «las cebollas y los ajos» (Números 11.1–6); en Cades-barnea, murmurando en contra de Dios (Números 13.25–14.37); en la misma presencia de Cristo, lanzando dudas sobre la más pura devoción (Juan 12.5); dentro de la congregación de Filipos, haciendo todo lo que estuviera a su alcance para alterar la armonía (Filipenses 2.14; 4.1–3). Tan extendido es el vicio de la crítica, que la Palabra de Dios a menudo amonesta en forma específica en contra de ella (Santiago 5.9; Judas 16).

No nos debe sorprender que Satanás utilice a los críticos para desanimar a los que han dispuesto su corazón para la obra, para agitar congregaciones pacíficas y para fomentar calumnias que destruirán la obra de Dios sobre la tierra. Esto no debe sorprender a los fieles (2ª Timoteo 3.12). Dios ya había advertido de antemano a Sus seguidores fieles que su camino en la vida estaría lleno de incomodidades, críticas, escarnios, burlas y humillaciones (vea Juan 15.19–21). No deberíamos sorprendernos cuando la oposición nos haga frente, porque se nos ha dicho que debemos esperarla.

En la vida de Jeremías se ilustra esta maligna oposición. He aquí un hombre que continuamente enfrentó oposición. Fue objeto de fuertes ataques

verbales, fue repudiado en público, perseguido abiertamente y atormentado constantemente. ¿Por qué? ¿Porque era firme en su lealtad a Jehová Dios Todopoderoso! Estaba resuelto a servir a Dios fielmente, pero los que le rodeaban estaban igualmente resueltos a impedir que el profeta tuviera un momento de paz. Dios le advirtió de antemano a Jeremías que el suyo sería un ministerio de adversidad (1.17–19; vea Ezequiel 2.6–8).

El ministerio de Jeremías duró más de cuarenta años. El profeta enfrentó conflictos desde el momento en que lo comenzó hasta que lo terminó (vea 15.15–21). Emocionalmente, Jeremías se agotó. En ocasiones pidió explicaciones de por qué se le ponía en ciertas situaciones (12.1–4; 15.10; 20.8, 14, 18). Tampoco le fue mejor en su integridad corporal, pues sus acusadores lo azotaron y lo torturaron. Enfrentó constante y activa oposición a sus mensajes (vea 26.9–19; 28.5–17) y fue acusado de sedición (38.4). Se llegó a desanimar tanto que quiso dejar de hablar en el nombre de Dios (20.9). Le parecía que renunciar era mejor que lo que estaba sufriendo. A otros siervos de Dios también les ha pasado por la mente estas mismas ideas. Tristemente, la tragedia es que algunos han dejado que la oposición los deje callados. Han dejado de predicar, para nunca más volver hacerlo; han sido intimidados, perseguidos, ridiculizados y atormentados hasta el punto de clamar con lágrimas de frustración: «¡Renuncio! ¡No vale la pena seguir!». Esta es la «tragedia» que se destaca en el libro de Jeremías. Esta antigua profecía es una fuente de aliento para los siervos de Dios hoy día.

Los problemas que atormentaban a Jeremías y que amenazaban con dejarlo callado no eran nuevos. Estos fueron los medios por los cuales Satanás mandó a callar a otros en grandes cantidades anteriormente, y por los cuales el Maligno continúa oprimiendo a los fieles hoy día. El profeta

experimentó los mismos problemas que tenemos nosotros hoy día, con la diferencia de que él no permitió que por sus problemas se cumpliera la verdadera tragedia que es ser presa de la timidez y quedarse callado. Observe cómo la vida de Jeremías es fuente de consolación para santos que están pasando apuros.

TRIBULACIONES QUE CONDUCEN AL FRACASO

Las tribulaciones del profeta pusieron a prueba su compromiso.

Su ciudad se volvió contra él (11.21)

El mensaje profético de Jeremías de reprensión y de exposición del pecado nacional fue rechazado. Su mensaje era sombrío; la situación era tan desesperanzadora que ni la oración podía ayudar (14.11). Desanimado, el profeta volvió a Anatot, su ciudad natal. Sin duda allí, en la casa de su padre, él esperaba encontrar seguridad, apoyo y comprensión. Pero ¡encontró lo contrario! Había traición en la aldea (12.6a). F. B. Meyer dijo:

El sagrado vínculo de la familia fue demasiado débil para impedir que aflorara el odio fanático. Las casas de los sacerdotes se habían estremecido ante las vehementes denuncias de su joven pariente, y ya no lo soportaban más. Por lo tanto, un complot se puso en marcha, y detrás de la farsa de palabras justas conspiraron para tomar la vida del profeta.¹

No había compasión alguna en las palabras con que hablaron a Jeremías (11.21b). Sus amigos y parientes lo consideraron traidor. ¡Estaban furiosos! Anteriormente se habían mostrado bondadosos (12.6b), pero ahora hacían al profeta objeto de una campaña de murmuraciones. Pasado un tiempo, ya no pudieron disimular su odio. Lo amenazaron diciéndole: «¡Deja de profetizar, o te atenderás a las consecuencias!».

¿Qué se puede hacer cuando aquellos a quienes uno busca esperando hallar protección y seguridad, repentinamente se vuelven llenos de amargura y procuran causarle daño a uno? ¿Dónde puede encontrarse el ánimo para seguir adelante? En tal situación, el propósito del trabajo de uno es puesto en duda. No hay crueldad más grande que la de un amigo o confidente convertido en enemigo (vea Salmos 55.12–14). El servicio que Jeremías daba con sinceridad a Dios suscitó dos respuestas hostiles de parte de sus seres queridos (12.6).

¹ F. B. Meyer, *Jeremiah (Jeremías)* (Ft. Washington, Pa.: Christian Literature Crusade, 1980), 51.

«*Se levantaron contra*» el profeta. Este fue objeto de calumnias, de murmuraciones, de chismes y de amenazas contra su integridad física —todo de parte de los que habían sido sus amigos.

«*Dieron grito en pos de*» él. Lanzaron sobre el profeta toda una andanada de insultos, burlas, desprecios, y rechazaron su mensaje. Él solo estaba haciendo su trabajo; sin embargo, se le multiplicaron sus dolores.

Vivía solo (16.1–8)

Jeremías dejó su ciudad natal y escapó de un complot de asesinato. Cuando el profeta tenía unos treinta años de edad, y vivía en Jerusalén, Dios le dio otro mensaje que no hizo más que agravar su soledad. Jeremías no debía casarse (vers.º 2), no debía participar en eventos festivos de la sociedad (vers.º 8), no debía buscar consolación que remediara su soledad (vers.º 5).

Una vida solitaria es difícil y desanimante. Uno es más vulnerable cuando está solo. La soledad del profeta lo llevó a cuestionar el cuidado de Dios. La soledad tiene como particular consecuencia que lo hunde a uno más en la desesperación y el egoísmo. En 15.15–18, son dieciocho veces que se usan diferentes formas de la primera persona del singular («yo», «me», «mi»). Jeremías llegó a pensar solamente en él mismo.

¿Qué le respondió Dios? Le dijo a este profeta que estaba haciendo pucheros, que se arrepintiera (15.19–21) —y Jeremías se arrepintió. Iba a seguir en la soledad, pero entendió que no estaba solo (20.11). Si bien seguía percibiéndose débil, muchas preguntas seguían sin responderse y podía además recibir oposición y calumnia, él se mantuvo confiado en el Señor. Jeremías se comprometió con Dios y siguió confiando en Su protección.

Podía esperar más oposición (12.5)

Las palabras de Dios no le produjeron alivio alguno a los apuros que estaba pasando el profeta. Prácticamente, el mensaje divino fue este: «¡Si crees que has estado sufriendo, solo espera lo que viene!».

No se le tuvo compasión alguna, a pesar de que a Jeremías se le había mandado vivir solo toda su vida, y de que había sido atacado despiadadamente por los que debían haberlo protegido. Dios no le estaba permitiendo al profeta que se complaciera en la autoconmiseración. Las palabras de 12.5 debieron de haberle parecido duras a Jeremías. ¿Puede usted imaginarse los pensamientos que le pasaban por la mente al profeta cuando oía este mensaje? Su situación había sido mala, y no tenía visos de mejorar, sino de empeorar. Si no podía

soportar las dificultades que estaba experimentando en ese momento, ¿cómo iba a manejar los *verdaderos* problemas que se le presentarían más adelante? Cuando la situación en que nos encontramos nos abrume, debemos animarnos con las palabras inspiradas que Pablo escribió a cristianos que estaban pasando apuros por la oposición (1^{era} Corintios 10.13; Romanos 8.28–31).

Lo trataron como un falso profeta (20.1–2)

A Jeremías lo arrestó Pasur, el principal de la guardia del templo. Después lo azotaron y lo pusieron en el cepo (vers.º 2). Este era el trato que se acostumbraba dar a los falsos profetas (29.26; vea 2º Crónicas 16.10). Aunque Jeremías había proclamado fielmente las palabras de Dios, estaba siendo tratado como un falso profeta. El cepo estaba situado en uno de los sitios más visibles de la ciudad.² Así Jeremías quedaba totalmente expuesto a las burlas y el escarnio del pueblo. Era una situación cruel para ser soportada por un hombre comprometido con la verdad de Dios. Pasur logró hacer que Jeremías fuera objeto de escarnio y que fuera señalado como un falso profeta.

Los que proclaman fielmente la Palabra de Dios necesitan darse cuenta de que sufrirán como Jeremías sufrió. Puede que se les califique de «falsos profetas». Su enseñanza y predicación puede exponerlos al maltrato con calumnias, sarcasmo y burlas.

OPOSICIÓN QUE CONDUCE AL FRACASO

En todo lugar al cual Jeremías iba, él oía voces de oposición. El profeta no podía entender por qué todo el mundo estaba en contra de él, pues lo que estaba proclamando era la verdad de Dios y lo que estaba haciendo era seguir las órdenes que Este le había dado. A pesar del maltrato, la integridad de Jeremías siguió intacta (17.16).

El ser rechazado por el pueblo constituía un gran desaliento para Jeremías. Era el único que obedecía a Dios; por lo tanto, estaba solo y lejos de ser ayudado. No había sido negligente en su deber para con Dios. *¿Por qué lo odiaban, lo perseguían, lo amenazaban y lo obligaban a dejar todo lo que con legítimo derecho le pertenecía? ¿Por qué prosperaban los inicuos, mientras el hacía frente a tan desanimante situación? (Vea 12.1–2; Salmos 73.)*

Satanás usa la oposición de una forma astuta

²William J. Petersen, *Jeremiah: The Prophet Who Wouldn't Quit (Jeremías: el profeta que no podía renunciar)* (Wheaton, Ill.: Victor Books, 1984), 72.

para desanimar a los que se han comprometido con el servicio a Dios. Las Escrituras instan a los creyentes a permanecer firmes frente a las tribulaciones con el fin de que no caigan en infidelidad (2ª Timoteo 1.6–9; 4.16; Apocalipsis 2.10). Nuestro Señor nos amonesta a estar conscientes de esta estrategia de Satanás y a no ceder en nuestra dedicación a hacer la voluntad de Dios (Mateo 5.11–12). La respuesta que con el tiempo dio Jeremías (11.20) debe ser también la respuesta que demos nosotros.

ENEMIGOS QUE CONDUCE AL FRACASO

Las experiencias de Jeremías revelan las inicuas estrategias que usan los enemigos de la verdad. Los que se esfuerzan por servir a Dios hoy día también pueden estar haciendo frente a complots como los que se maquinaron contra Jeremías:

El pensar en maneras de hacer daño a los que proclaman la verdad. Hubo quienes concibieron planes para hacerle daño a Jeremías y disuadirlo así de su deber de hablar las palabras de Dios (12.6; 26.8).

El destruir la reputación de alguien con mentiras y calumnias. En 18.18 vemos que se lleva a la práctica otro plan concebido en contra de Jeremías. Cuando estos malhechores vieron que no pudieron causarle daño y molestia corporales, buscaron entonces la manera de desacreditar su palabra. Pensaron en convencer a los demás de que Jeremías era un hombre de malas intenciones, con el fin de que, una vez dañada su reputación, el pueblo dejara de prestarle oído. Al vocero de Dios se le lanzaron falsas acusaciones y se le hicieron calumniantes insinuaciones. A Jeremías le causó dolor cuando el pueblo se rió de él y mintió sobre él (18.19–23). En su oración a Dios dijo: «¡No los perdone!».

Desdeñar el mensaje. Cuando todo lo anterior fracasó para disuadir al profeta de hablar la verdad de Dios, ¡los enemigos decidieron que ellos sencillamente redefinirían la «verdad»! Al mensaje de Jeremías se le describió como «su opinión». Los obstinados enemigos habían rechazado la verdad de Dios (37.2). Con el tiempo se llegó a ver como «mentira» la verdad de Dios (43.2). Justificaron su temeridad para rehusarse a obedecer, con el fin de seguir sus egoístas intereses (44.16–17).

Hoy día es evidente también la forma tan lamentable como se trató a Jeremías. Se rechaza la verdad de Dios. Cuando se desea rechazar la verdad, el proclamador de esta debe ser «neutralizado». La estrategia para «invalidar» la Palabra de Dios sigue siendo la misma que Jeremías enfrentó mucho tiempo atrás.

DEPRESIÓN QUE CONDUCE AL FRACASO

Las lágrimas de Jeremías lo hicieron vulnerable a una de las más antiguas armas de Satanás: la depresión. Las tribulaciones a menudo hacen que uno desmaye en sus esfuerzos, que gaste energías que rara vez son recuperadas, que pierda de vista el hecho de que nuestra victoria es una realidad cumplida. Nos podemos identificar con los ayes de Baruc (45.3).

En 20.7–18, vemos a Jeremías sufriendo la angustia de la depresión. El profeta estaba desanimado. Petersen dijo:

No hay duda alguna acerca del estado de ánimo de Jeremías. Estaba en el precipicio de la depresión. Ya había experimentado períodos de depresión repetidamente durante sus veinte años de ministerio profético, pero este era el peor. No tenía amigos, ni seguidores, ni convertidos. Había sido echado de su ciudad natal y desalojado del templo. El enemigo estaba en camino, y Jeremías se sentía de algún modo como si fuera el responsable de la destrucción de la nación.³

Note cómo la depresión del profeta le afectó su vida. En primer lugar, decayó su fe en Dios (vers.º 7). Se consideraba a sí mismo un completo fracaso (vers.ºs 7b, 8, 18) y estaba a punto de renunciar, pero no podía (vers.º 9). Comenzó a creer que todo el mundo estaba en contra de él (vers.º 10). Al final, se quejó de haber nacido (vers.ºs 14–18).

Los que son partícipes de las lágrimas y tribulaciones de Jeremías también lo son de su depresión. No es malo deprimirse en el servicio, lo que sí es malo es que por ello el cristiano acabe siendo presa de la indiferencia y la ausencia de servicio. Los siervos de Dios se la han visto a menudo con la depresión, pero sin renunciar (1º Reyes 19.4–15; Hechos 18.9–11).

El ejemplo de depresión de Jeremías debería constituir un gran aliento para que nosotros sigamos sirviendo a Dios, pues el profeta salió de ella por su total confianza en el Todopoderoso. Dios había prometido que estaría con Jeremías y que lo libraría (1.8). Aun en la depresión, Jeremías tuvo fe en la soberanía de Dios (20.11). Su firme confianza en Dios fue el factor que más contribuyó para ayudarlo a superar la desesperanza (Lea Lamentaciones 3.24, 26.) Además, Jeremías tenía una alentadora relación con personas piadosas. Él no estaba solo; había otros que todavía honraban a Dios. Una creencia corriente entre los que están deprimidos es que ellos son los *únicos* que sirven a

Dios y los únicos que sufren persecución (vea 1º Reyes 19.4, 10). Dios le recordó a Jeremías acerca de los recabitas (35.2–19). Este pueblo le demostró a Jeremías que había otros que eran fieles a sus votos delante de Jehová.

CONFRONTACIONES QUE CONDUCE AL FRACASO

Para presentar el mensaje de Dios fue necesario entrar en confrontación con los que no vivían de conformidad con la ley de Dios. Aunque necesario, jamás es agradable entrar en confrontación. Jeremías entró en confrontación con la gente debido a los pecados que se describen en 19.1–13:

Hipocresía. La gente iba al templo como proclamando que eran verdaderos seguidores de Dios, cuando en realidad vivían como paganos (vers.º 4a).

Pérdida de valor de la vida humana. En el valle de Hinom se sacrificaban niños a Moloc (vers.ºs 4–5).

Fascinación con la astrología. La gente subía a sus tejados para ofrecer incienso «a todo el ejército del cielo» (vers.º 13).

Complacencia para con modificaciones del culto mandado por Dios. Los profetas y los sacerdotes hacían la vista gorda a las acciones de los adoradores de ídolos (vers.ºs 1–5; 20.1–2).

La firme postura de Jeremías a favor de la verdad, no armonizaba con el pensamiento de los que le rodeaban. A lo largo del tiempo, ha habido voces clamando por «menos negativo y más positivo». Al pueblo de Dios siempre se le ha invitado a flexibilizar posiciones, como sucedió en el campo de Ono (vea Nehemías 6.2). Los fieles por lo general sienten la tentación de ceder a la timidez (2ª Timoteo 1.6–7; 4.1–5). Jeremías no se dejaba arrastrar (26.13) ni intimidar por sus adversarios. Durante todo su prolongado ministerio, Jeremías rehusó permitir que se rechazara el mensaje de Dios; él defendía las palabras de Dios y reprendía a los que no obedecían a Dios (44.16–17, 25–26). La constante confrontación que Jeremías experimentaba se resume en 26.8–15.

¡Cuán dignos de lástima son los que, a diferencia de Jeremías, no son capaces de mantenerse firmes! Los que ceden a la presión tendrán que hacer frente a una gran tragedia. La verdadera «tragedia» no la constituyen las tribulaciones, ni la oposición, ni los enemigos, ni la depresión, ni las confrontaciones que se enfrenten porque uno mantenga la verdad de Dios en una convicción determinada. La verdadera «tragedia» la constituyen los que buscan «un denominador

³ *Ibíd.*, 74.

común» que Dios no ha autorizado, los que dan «paz» cuando no hay paz, y que «curan» de un modo que en realidad solo empeora la herida (6.14; 8.11).

CALUMNIA QUE CONDUCE AL FRACASO

Jeremías era franco y directo. Muchos lo critican hoy día como un hombre «poco amoroso» y «mal humorado». El profeta era «políticamente incorrecto», y lo más seguro es que en sus prédicas no tomó en cuenta las «necesidades sentidas» del pueblo. A juzgar por criterios modernos, a Jeremías se le consideraría «un completo fracaso». Esta conclusión de la forma de pensar moderna es muy parecida a la de sus contemporáneos. Después de nuestro bendito Señor, no ha habido ningún otro profeta tan amargamente calumniado como lo fue Jeremías. La fortaleza de Jeremías se observa cuando consideramos lo que sufrió por su dedicación a Dios.

1. Lo llamaron «hombre loco» (29.26).
2. Lo consideraron traidor (37.11–15).
3. Lo castigaron como falso profeta (20.1–5).
4. Lo reprendieron por desanimar a los demás (38.4).
5. Fue rechazado por los de su propia familia (12.6).
6. Fue extremadamente impopular (15.10).

Estos ataques llenos de calumnias se siguen lanzando contra predicadores sinceros. A los voceros de Dios a menudo se les trata hoy día del mismo modo que a los antiguos profetas. Es a gran voz que los opositores contradicen la verdad y persiguen la justicia. Protestan del mismo modo que los iguales de ellos protestaron mucho tiempo atrás, diciendo: «Este hombre no busca la paz de este pueblo, sino el mal» (38.4b). La gente que asiste a las iglesias claman por sermones más «positivos», por menos condenación del pecado, por una redefinición de la verdad y por una norma de autoridad relativa para la fe y las prácticas

religiosas. Los que tienen tal «filosofía» han adoptado sin darse cuenta la postura del rey Sedequías y de los oficiales de Judea, y van a ser partícipes de su propia cuota de exilio y destrucción. ¡Esta es la verdadera tragedia!

ÁNIMO PARA EVITAR EL FRACASO

¿Cómo podemos ser como Jeremías y permanecer fielmente comprometidos con el servicio a Dios? ¿Cómo podemos evitar la tragedia de la destrucción espiritual a la vez que aceptamos la tragedia que acompaña el compromiso espiritual con la autoridad de Dios? Estas metas se pueden alcanzar por medio de practicar cuatro imperativos:

1. *Deje que la verdad absoluta de Dios sea la que dirija cada uno de sus pasos.* Jeremías hacía únicamente lo que Dios le mandaba (13.1–7; 15.16). Varios grupos hoy día han renunciado a la verdad absoluta de Dios. Han aceptado para sí mismos verdades artificiales que puedan reformarse al instante para adaptarse a sus deseos. El pueblo de Dios debe defender con valentía el hecho de que la verdad de Dios es absoluta (2ª Timoteo 1.6–8).

2. *Demuestre una firme fe en la soberanía de Dios.* Jeremías rehusó ceder hasta en el último detalle de la voluntad de Dios (26.12–15). Este firme compromiso con Dios se exige a los cristianos neotestamentarios (1ª Corintios 15.58).

3. *Viva siendo inflexible en su obediencia a la voluntad de Dios.* Las palabras de Jeremías instaban a la fidelidad a la verdad y a rechazar inmediatamente la falsa doctrina (27.9–17; 28.15–16).

4. *Practique una inmutable confianza en Dios.* En medio de todos sus problemas y tribulaciones, Jeremías jamás dejó de confiar en Dios (16.19). Esta confianza les garantizará a los cristianos una completa victoria. ¡No olvidemos jamás cuán maravilloso es que Dios proporciona la verdad para nosotros! «... sea Dios veraz, y todo hombre mentiroso; como está escrito: Para que seas justificado en tus palabras, y venzas cuando fueres juzgado» (Romanos 3.4).

John L. Kachelman, Jr.